ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMATICA

EL TEATRO.—COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LIRICAS

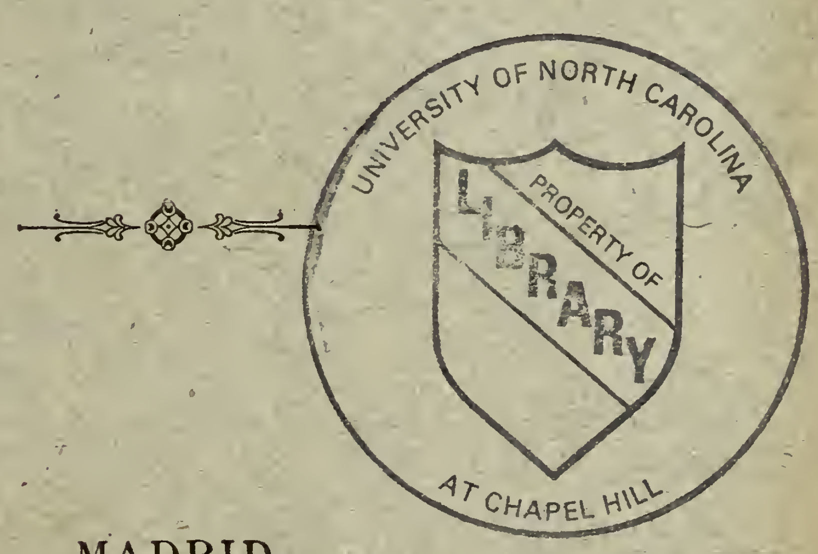
BICARBONATO DE SOSA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO JIMÉNEZ GUERRA



MADRID

HIJOS DE E. HIDALGO
Mayor, 16, entresuelo

FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, segundo

1899

Al notable actor cómico Ricardo Manso, que debió estrenar este juguete, en testimonio de afecto

Los Autores

BICARBONATO DE SOSA

BICARBONATO DE SOSA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO JIMÉNEZ GUERRA

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 24 de Diciembre de 1898

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1899

A Diego Jiménez-Prieto

Este juguete, que salió de mis manos defectuoso y enclenque, alcanzó, gracias á tu habilidad en la mecánica del teatro, las debidas condiciones para que yo te estime partícipe de los aplausos que el público de LARA le dedicó la noche de su estreno.

A tí, pués, lo dedica tu antiguo compañero

A. Jiménez Guerra

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FLORA	D.ª	Balbina Valverde.
CLARA		Rosario Pino.
LUISA	Srta.	Luz García Senra.
MR. ARMAND	D.	José Santiago.
ADOLFO		Rafael Ramírez.
DON JAIME		José Rubio.
ANTONIO		Agustín Valle.
EL PORTERO		Luis de Diego.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO ÚNICO

Gabinete amueblado con elegancia. Tres puertas al foro y una en primer término izquierda. Chimenea con espejo, floreros y reloj en primer término derecha. Sofá á la izquierda. Velador-centro á la derecha. Una mesita pequeña de «peluche» en el centro de la escena. Columnas con jarrones. Cortinajes para cuatro huecos. Sillas repartidas por la escena. Cuadros. Aparato de luz eléctrica encendido colgado en el techo. Alfombra.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO y LUISA. Al levantarse el telón aparecen Antonio y Luisa, ésta colocando las flores en los jarrones que habrá sobre la chimenea, y Antonio encendiendo la luz eléctrica

ANT. (Con marcado acento andaluz.) Acaba ya de escucharme, arma mía, que tienes la cara más bonita que un ramo de claveles de mi tierra y el cuerpo más gracioso que se pasea por Madrid.

LUISA Vamos, ¿se va á empezar ya la letanía de infundios? Pues te advierto que ahora no estoy para pamplinas. Con que, á tu sitio y déjame en paz, que tengo que hacer.

ANT. ¡Pero que hasta para regañar le ha dao Dios gracia á este cachito de gloria *inerselsis* y dercétera, dercétera! Acaba ya de soltar esas flores y oye lo que tengo que decirte.

LUISA Vaya, ¿qué es lo que tienes que contarme?

ANT. Que estoy deseando de largarme contigo á

Sevilla, pa lucirte en aquel paraíso y pa que no le sirvas á nadie más que á *mangue*.

LUISA Eso me lo has dicho muchas veces, y para ese viaje que tú quieres hacen falta muchos requilorios, y sobre todo la licencia del cura de esta parroquia.

ANT. Se le pedirá con el tiempo: no te apures tú por eso, serrana. En cuanto ahorremos algunos cuartos estamos ya más casaos que mi agüela, y...

LUISA Eso es lo que todavía está por ver.

ANT. ¡Ay, qué gracia! Pues, ¿quién me tiene aquí metío en este levitón de pitejo de funeraria más que la esperanza de casarme contigo? ¿Por quién me corté yo la coleta, dí, y por quién no soy ya un torero de chipén, de esos que se anuncian en los carteles con letras más grandes que el Banco de España?

LUISA Bueno, todo eso será verdad, pero yo tengo que hacer mucho. La señora vendrá á que la vista y...

ANT. Y la vestirás, descuida. Yo también tengo que preparar el té al señorito, que me tiene ya con sus aprensiones más cargao que una mula del tranvía. Tó crée que le va á hacer daño, y siempre se figura que está malo.

LUISA Bastante desgracia tiene.

ANT. Pero oye, tú; ahora que me acuerdo, ¿no van esta noche los señores á casa de la Marquesa de Cuerpofrío?

LUISA Sí; ¿por qué lo preguntas?

ANT. Porque nosotros podíamos también darle al cuerpo un poquito de movimiento. Anda, ¿eres capaz de venirte conmigo?

LUISA ¿Contigo? Ni á la gloria.

ANT. Pues ahí es donde voy á llevarte yo esta noche, á la gloria ó ar paraíso de Apolo, que es lo mismo.

LUISA ¿Y si se enteran?

ANT. Calla, tonta. Ni el portero ni nadie dirá una palabra; ¿conque vendrás? (Se oye dentro tararear á Clara.)

LUISA Bueno, pero ahí vienen los señores; lárgate.

ANT. Hasta luego, serrana. (Vase por el foro izquierda.)

ESCENA II

CLARA, ADOLFO que salen por el foro derecha. LUISA, después que quita el abrigo á su señora, se va foro derecha

CLARA (Al entrar seguida de Adolfo se adelanta hasta las candilejas, imitando con graciosos movimientos el bailable de un «couplet» francés y tarareando alegremente la música.) Sí, así era. (Dirigiéndose á Adolfo, que se habrá sentado pensativo en una butaca.) No me digas que no. Desde luego que no tengo la desenvoltura de Fanny; pero no me parece que lo hago del todo mal. Es una lástima que no pueda lucir mis habilidades en París, donde, de seguro, tendría un público más galante que tú. (Mirando picarescamente á Adolfo.) Pero, ¿qué te pasa esta noche? Estás preocupado, sombrío...

ADOL. No me sucede nada. Tú, en cambio, estás más alegre que nunca, y váyase lo uno por lo otro.

CLARA ¡Caramba, hijo, y qué rápidos progresos hace tu mal humor! Estabas hace un momento huraño y ahora te vuelves grosero. Si la dolencia sigue en progresión ascendente, vas á acabar por morderme. (Adolfo mueve impaciente la cabeza.) ¡Cuando yo digo que el mal se agrava por instantes! Vamos á ver, dime lo que tienes; quiero ser tu médico y curarte en seguida. Veamos ese pulso. (Lo toma.) ¡Uf! Está alteradísimo, y hay que recetar en seguida un sudorífico. A ver ahora la lengua.

ADOL. Déjame, mujer, que no estoy para bromas. Me encuentro mal, con el cuerpo disgustado y una pesadez en la cabeza...

CLARA ¡Ay, ay! ¿Vas á empezar ya con tus sempiternas aprensiones?

ADOL. Que no son aprensiones, te digo. Se empeñan todos ustedes en que estoy bueno, y yo me siento cada vez peor, hasta que el día menos pensado os dé á todos un susto.

CLARA — Pues, hijo, el médico dice y afirma y jura que gozas de perfectísima salud, que lo que tienes es aprensión.

ADOL. — Y yo digo todo lo contrario. (*Hace una demostración de dolor.*) Ahora mismo acabo de sentir aquí en la frente una punzada terrible.

CLARA — Pues, mira, si estás mal no iremos á casa de la marquesa de Cuerpofrío.

ADOL. — Sí, sí. Hay que ir. En su invitación me lo suplicaba muy cariñosamente. Mira lo que decía. (*Al sacar del bolsillo la invitación, cae al suelo un medallón con un retrato.*)

CLARA — ¿Qué es eso?

ADOL. — (*Recogiéndolo del suelo.*) Un medallón que encontré esta mañana en la calle de Alcalá. Me había olvidado decírtelo.

CLARA — A ver, á ver. (*Lo coge y lo examina.*) Esto es un retrato de mujer, y de mujer joven y guapa.

ADOL. — Ni siquiera me he fijado. Lo vi brillar en la acera y lo cogí con la idea de anunciar en *El Imparcial* el hallazgo.

CLARA — (*Con preocupación.*) ¡Qué cosa tan rara!

ADOL — Rara, ¿por qué?

CLARA — Vamos, ¿pretenderás hacerme creer que es cosa corriente el encontrar en la calle miniaturas con cerco de brillantes y rubíes?

ADOL. — ¿Pues qué supones entonces?

CLARA — ¿Que qué supongo? ¡Figúrate lo que supondré!...

ADOL. — ¿Qué, vamos á ver?

CLARA — Pues supongo la verdad. Que ese retrato ha venido á tus manos, porque conoces al original, y ella te lo ha dado.

ADOL. — (*Riendo.*) ¡Ave María Purísima!

CLARA — Sí, no te rías. Y también creo que tu constante preocupación obedece á lo caras que te están resultado esas relaciones.

ADOL. — ¡Anda, anda, y qué viva eres de imaginación! (*En tono serio.*) Pero, ¿de qué relaciones hablas?

CLARA — De las que tienes con esa mujer. ¡Dios mío, qué desgraciada soy! (*Llora.*)

ADOL. — Vamos, es para desesperarse.

CLARA — Yo sí que me desespero con razón. Y lo que

más rabia me da es que me supongas tan tonta que vaya á creer eso del encuentro del retrato. Al retrato, no; á quien encontrarías en la calle como una cosa perdida es al original.

ADOL. Mujer, cálmate.

CLARA ¡Que no me calmo, ea! Eres un infame y me estás engañando.

ADOL. Ya te convencerás de que estás en un error. Anunciaré el hallazgo en los periódicos. Vendrán á recoger el retrato y tú misma intervendrás y hablarás con su dueño ó su dueña.

CLARA Sí, sí, ya sé que procurarás arreglarlo todo bien.

ADOL. Mira que me estás disgustando sin motivo con esos ridículos celos.

CLARA ¡Ay, Dios mío, ahora me llama ridícula!

ADOL. Y lo eres en esta ocasión. Vaya, voy á mi cuarto. Cuando estés vestida me avisas, si quieres. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA III

CLARA

¡Pero qué bien saben fingir estos malvados! Nos engañan, nos abandonan y todavía son ellos los ofendidos cuando se les reprochan sus perfidias. (Mirando el retrato.) ¡Y qué ordinaria y qué descaradota está esta mujer con sus bucles sueltos y sus brazos desnudos! De seguro que será alguna titiritera en traje de pista... Y quién sabe si Adolfo habrá dicho la verdad y yo me habré alarmado sin fundamento... Pero, no; estoy segura de que esta mujer no puede ser buena. Enseña demasiada carne para ello.

ESCENA IV

CLARA y LUISA. Después FLORA

LUISA (Desde le puerta del foro derecha.) La señora de López.

CLARA Que pase. (Vase Luisa.) Me alegro que venga mi tía. Esa tiene mucha experiencia y me aconsejará bien.

FLORA (Saliendo por el foro derecha con un traje más pretencioso que elegante.) ¿Todavía no estás vestida? ¿A qué hora vamos á casa de la marquesa de Cuerpofrío?

CLARA Ya no me acordaba de que debíamos comer con esa señora.

FLORA ¿Cómo que debíamos comer?... Que comeremos, querrás decir.

CLARA De todos modos, hay tiempo de sobra. Allí no se sientan en la mesa hasta las nueve, para que el baile empiece á las doce.

FLORA ¿A las nueve? Pues mira, haz que me sirvan Jerez y bizcochos, porque de aquí á esa hora la tirada es larga, y yo almorcé á las once.

CLARA (Toca el timbre, sale Luisa por el foro derecha, y la dice al presentarse en la puerta:) Trae Jerez y pastas. (Vase Luisa por el foro izquierda. A Flora.) ¡Qué vestido tan elegante!

FLORA Como que me lo he hecho para las grandes fiestas. Pero, ¿no conoces la tela?

CLARA No, no caigo...

FLORA Sí, mujer, aquella colcha de seda que compré en el Rastro. ¿A que no ha quedado mal?

CLARA Al contrario; perfectísimamente.

FLORA Me lo he puesto para ver si conmuevo al marqués por la elegancia y me da el ascenso de tu tío. Tú me ayudarás, ¿verdad?

CLARA Sí, tía: ¿no se lo he prometido ya?

FLORA Pero, ahora que reparo; á tí te pasa algo. ¿Has reñido quizás con Adolfo?

CLARA No; pero acabo de convencerme de que me engaña.

FLORA ¿Qué estás diciendo?

CLARA Lo que usted oye. Mire usted este retrato: ¿qué le parece?

FLORA (Mira el retrato.) ¿Que qué me parece? Pues una desvergonzada.

CLARA Pues con esa mujer es con la que Adolfo me engaña.

FLORA ¡Pero que todos los hombres han de ser iguales! Tu tío me dió el primer disgusto dentro de la iglesia cuando nos estábamos casando. ¿Querrás creer que mientras el cura leía la epístola de San Pablo se estaba timando con una jamona redonda como un salchichón de Bolonia? ¡Qué hombres, hija, qué hombres! Cuando no pinchan cortan, y cuando ni pinchan ni cortan hay que escamarse, porque entonces es cuando más daño hacen.

CLARA Mire usted que engañarme así con una...

FLORA Sí, con una lagarta. Y ésta anda bien ligera de ropa. Si el retrato fuera de cuerpo entero no podría mirarse.

CLARA Pues todavía sostiene Adolfo que ha encontrado en la calle esa miniatura, y que no conoce al original. ¡Si esto fuera cierto!...

FLORA ¡Qué ha de ser cierto! Tu marido será como todos. El mío en un principio parecía un muñeco de cartón piedra, y ahora hasta se permite algunas noches no parecer por casa. Siempre tiene que velar á un enfermo, hija. Parece que le está haciendo la competencia á las siervas de María. (Sale Luisa por el foro izquierda con una bandeja, con copa y plato con pastas y botella con Jerez, que se toma en escena.) ¿Querrás creer que anoche le saqué esto del bolsillo del gabán? (Mostrando una factura.)

CLARA ¿Y qué es eso? (Luisa, después de dejar la bandeja sobre el velador y servir una copa de Jerez á doña Flora, se va por el foro derecha.)

FLORA ¿Qué ha de ser? Una picardía. Escucha, escucha y horrorízate. (Lee.) «Garbanzos, once kilos; judías, tres; jamón, uno; aceite, cuatro

litros; manteca, un kilo. Total, treinta pesetas.» (A Clara.) ¿No te estremeces? (Se pone á tomar las pastas y copa de Jerez, dejando sobre el velador la nota que leyó antes.)

CLARA (Riendo.) ¿Por qué?

FLORA Porque estos comestibles están adulterados. Esto es un matute que tu tío ha metido en la despensa de alguna perdida.

CLARA Vamos, tía, no piense esos disparates. Mi tío es bueno, pacífico.

FLORA Calla, calla. Tú no le conoces. Este regalo con tanta grasa me lo pinta de cuerpo entero. A las conquistas las ceba como si fueran aves de corral, y mientras, en casa, ayuno con abstinencia.

CLARA ¡Infame, engañarme así por esta perdida!

FLORA Y que es una perdida no hay que dudarlo. El mismo Adolfo dice que la encontró tirada en el arroyo.

CLARA No quisiera más que saber quién es.

FLORA Difícil lo veo. El padrón de esta clase de mujeres no tiene fin.

CLARA (Mirando otra vez el retrato.) Y mire usted el círculo amoratado que le rodea los ojos.

FLORA Sí; un círculo vicioso.

CLARA Naturalmente; lleva en la cara la fotografía de su vida. ¡Y qué cintita negra se ha rodeado al cuello como única prenda de abrigo!

FLORA Esa prenda te indica dónde tienes que apretar hasta extrangularla, cuando la encuentres.

ESCENA V

DICHAS y LUISA

LUISA (Saliendo por el foro derecha.) El modisto pregunta si la señora quiere recibirle.

CLARA En mala ocasión viene á enseñarme figurines.

FLORA En la mejor, tonta. Estos modistos se meten en todas partes, y quién sabe si él la conocerá.

CLARA Dice usted bien. (*A Luisa.*) Que pase. (*A Flora.*) Haga usted el favor de dar á Luisa un paquetito con bicarbonato que habrá en esa mesa.

FLORA (*Tomando un pequeño envoltorio y leyendo.*) «Polvos insecticidas.» (*A Clara.*) Esto no será.

CLARA Sí, eso es. (*A Luisa.*) Diga usted á Antonio que ponga una cucharada de ese bicarbonato en el té del señor. (*Vase Luisa por el foro derecha con el bicarbonato y la bandeja con el servicio que sacó antes.*)

FLORA Pero muchacha, ¿vas á tratar á tu marido como si fuese un animal dañino? Bueno que le castigues, hija, pero no tanto.

CLARA Eso y mucho más merecía; pero pierda usted cuidado: aunque el envoltorio habla de polvos insecticidas, lo que lleva es bicarbonato. Se rompió el papel que lo envolvía y lo he puesto en ese que es un prospecto que me entregaron en la calle.

FLORA Respiro Creí que los celos te habían trastornado el juicio. (*Con ironía.*) ¿Está también malo el pobrecito?

CLARA Lo de siempre: sus aprensiones infundadas.

FLORA Hija, él será todo lo aprensivo que tú quieras; pero para engañarte no puede tener menos aprensión; en fin, á ver si podemos averiguar por el modisto quién es esa señora que se retrata como Eva.

CLARA Es un traje griego.

FLORA Pues muy poca vergüenza habría en aquel país. No, y me temo que el modisto no la conozca. Una mujer que usa esos trajes no necesita ni modistos ni tela. Con una vara de cinta ya tiene un vestido de verano, y con un boa un traje de invierno.

CLARA ¡Quién sabe! Mr. Armand tiene una clientela muy extensa, y no me parece difícil que esa mujer figure entre ella.

FLORA Habrá que preguntarle con maña. Déjame á mí, que yo le interrogaré en la ocasión oportuna.

ESCENA VI

DICHAS. MONSIEUR ARMAND con un álbum de figurines por el foro derecha.

ARM. (Con marcado acento francés.) ¿Se puede?

CLARA Adelante, Mr. Armand.

ARM. ¡Oh, madame, la plus belle, la plus elegant, et la plus charmant de touttes les espagnolles! Yo vengo de recibir los últimos modelos de Worff y de Ruff; las más recientes creaciones de la moda, las maravillosas telas que acaban de salir de las fábricas de Francia. (Reparando en Flora.) A sus pies, madame. (Aparte.) ¡Uy, qué señora tan escandalosamente cursi.

FLORA Beso á usted la mano, caballero.

ARM. (Presentando á Clara el álbum abierto.) ¡Oh, les robes y confections du printemps serán este año magnifiques! Vean las señoras esta toilette de promenade, en drap violine, cerclé de tulle noir, surmonté de roses de touttes les tons natúrels. La jupe va ornada de petites bieis piqués sur trasparent de violette ancienne. Sólo mil francos. Nada tan eclatant como este traje de diner en mouseline noir sur soie, bouton d'or... Sólo dos mil francos.

FLORA (Aparte.) Pues señor, no me entero de una palabra. (A Armand.) ¿No podría usted hablar en castellano, monsieur?

ARM. ¡Ah! Pardón, madame; pero como el francés es idioma universal... Sin embargo, procuraré expresarme en español. Este matinée de seda Pompadour plegado al acordeón, es de lo más lindo que se confecciona. El descote Marie Antoinete con rouge de espumillones color rosa the, y la amplísima cola de corte imperio caerán divinamente en ese cuerpo, aéreo como el de Sarah Bernard, gracioso como el de la Otero, cimbreante como el de la Bella Chiquita. Sólo tres mil francos.

FLORA ¿A ver, á ver ese acordeón con espumillones á propósito para la Bella Chiquita?

CLARA Es lindísimo el matinée, Mr. Armand.

FLORA ¡Hija, pues á mí se me figura la camisa de un torero!

ARM. ¿Cómo torero? Pues, fíjese ahora en este traje que parece una ola de espumas, y que es reproducción exacta del que hizo Worff á una Princesa sueca para salir de la cama. La Venus de la clásica Grecia, la creación inmortal de Milo, podría cubrir su divino cuerpo con esa bata de ligeros encajes, que me permito recomendarle por su vaporosa transparencia, y por su precio baratísimo. Sólo cinco mil francos.

FLORA (Adiós poesía.)

ARM. ¿Y este vestido de baile formado de cristalina rizada de la India y de crespón metálico con entretegidos de plata y oro? ¡Ah! ¡Mon Dieu! Ni las diosas del paganismo, ni las huríes del falso profeta lucirán ese hermosísimo vestido con la majestad de reina que usted lo lucirá en las aristocráticas *soirees* de *le gent com'il faut!* Solo...

FLORA Sí, veinte mil francos.

CLARA Es, en efecto, muy elegante.

FLORA ¡Oh, sí, elegantísimo! (Aparte.) ¡Este hombre debe haber comido hoy lengua á la escarlata.

ARM. Ahora me permito esperar que la señora se hará un traje de cada modelo que he tenido el honor de enseñarle.

CLARA Veremos, Mr. Armand, veremos. ¡Suben luego tanto las facturas!

FLORA Sí, hasta el cielo, y ahora con los cambios...

ARM. ¡Ah! ¡Mon Dieu! No miren nunca las facturas: dejen ese cuidado á los señores.

CLARA Bueno; por el pronto hágame una capa de cachemira forrada en piel de marta.

ARM. Tré bien.

FLORA No, tres no, una.

CLARA No, tía, ha querido decir que muy bien.

FLORA ¡Ah, ya!

CLARA ¿Hay que tomar medidas?

ARM. ¡Oh, no: me sé de memoria el cuerpo de la señora! (A Flora.) ¿Y usted no me honra con algún pedido?

FLORA No, gracias; me hago los trajes yo misma.

ARM. (Aparte.) Ya se le conoce.

CLARA Lo que quisiera, Mr. Armand, ya que está usted en casa, es que me viera puesto el último traje que me hizo. Voy á llevarlo esta noche á un baile, y...

ARM. ¡Oh! Con gran placer.

FLORA (Aparte.) ¡Vamos; por lo que se vé, el modisto se va á convertir ahora en doncella.

CLARA Bien; pues en seguida salgo. (Toca el timbre y al aparecer Luisa por el foro derecha le dice entrando en el tocador.) Corre esa cortina y ven á vestirme. (A Flora.) ¿No entra usted, tía?

FLORA No; te espero aquí. (Entran Clara y Luisa en el foro centro, que es el tocador.)

ARM. Las telas de fantasía van á tener este año la predilección de la moda. Se llevarán mucho: el raso chiné, el terciopelo broché y el peluch fané.

FLORA Chiné, broché y fané. Vamos, yo vengo de fané.

CLARA (Dentro riendo.) ¡Qué cosas tiene usted, tía!

FLORA Diga usted, monsieur, ¿no dice usted que las pieles están de moda?

ARM. ¡Oh, sí!

FLORA Pues yo tengo un cubre camas de pelo largo. ¿Podría hacerme con él una salida de baile?

ARM. ¡Señora; yo solo hago confecciones con telas nuevas!

FLORA Es que esa piel de que hablo es magnífica.

ARM. Bueno: pero está mejor cubriendo la cama.

CLARA (Dentro.) He visto los últimos figurines y en todos aparecen las faldas muy ceñidas por arriba.

ARM. Oh, sí: los vestidos á la *dernier* deben marcar las elegancias del cuerpo, abriéndose en amplísima campana desde las rodillas.

FLORA Pero así no se podrá andar por las calles.

ARM. Las señoras elegantes solo deben andar por los salones.

CLARA (Dentro.) ¿Están de moda los prendidos de flores?

ARM. De toda moda. Crisantemos, myosotis, violetas y camelias en guirnaldas desde el talle á la cola.

CLARA (Dentro riendo.) ¿Se seguirán llevando las mangas anchas?

ARM. ¡Oh, no! Eso está ya demodé.

FLORA ¿Y el vestido corte de capa?

ARM. Cursi. Demodé.

FLORA (Mirándose el traje.) (Pues, por lo que veo, vengo vestida de mamarracho.) (Alto.) Y diga usted, *monsieur*, ¿qué le parece este vestido mío?

ARM. ¡Psch! Es modesto, pero...

FLORA Pero cursi ¿no? También demodé.

ARM. ¡Ah! No diré yo tanto. Se ve, sí, que no está cortado por un gran maestro; pero, sin embargo, tiene cierto *chic* ..

FLORA ¿Cierto qué? (Aparte.) ¡Dios mío, si me habré hecho algún siete al entrar!

ARM. ¿Y usted se viste también en París?

FLORA ¡Oh, no! Me visto en las Américas.

ARM. ¿En New-York quizás, en las riberas del Hudson?

FLORA ¡Guasón! No; en la de Curtidores. (Aparte.) ¿Cómo abordaré yo la cuestión del retrato? (A Armand.) ¿Usted vestirá á toda la sociedad elegante?

ARM. Tengo el honor de vestir á toute le monde com'il faut.

FLORA ¿Y conocerá usted muchas señoras?...

ARM. Casi todas las de Madrid pasan por mis manos.

FLORA (Aparte.) Ahora le abordo. (A Armand.) ¿Y á esta la conoce usted? (Enseñándole el medallón con el retrato.)

ARM. ¡Claro, como que esta señora es la costilla mía!

FLORA (Con estupefacción.) ¿La de usted?

ARM. Sí; y desearía saber cómo se halla en poder de usted este retrato.

FLORA (Aparte.) ¿Y qué le digo yo á este hombre? ¿Cómo confesarle que su mujer?... ¡Ah, sí!

Seguiremos mintiendo con lo del hallazgo. (A Armand.) Pues de un modo bien sencillo: tengo este retrato, porque lo he encontrado en la calle de Alcalá.

ARM. ¡Oh! Qué casualidad tan dichosa... Pero mon Dieu, ¿cómo estarán vistiendo á esa señora? (Acercándose á la cortina de la puerta del centro, que es el tocador, y pretendiendo entrar.)

CLARA (Vivamente.) ¡No se puede, monsieur; no se puede!

FLORA Pero, ¿qué intenta usted, caballero?

ARM. ¡Oh, señora! Yo considero á mis clientes como si fueran maniquíes.

CLARA (Saliendo del tocador con un lujoso traje de soirce, detrás de ella Luisa, que vuelve á correr la cortina y se va por el foro derecha.) ¿Qué tal?

ARM. ¡Oh, admirable; oh, divina; oh, sorprendente!

FLORA ¡Oh, qué cargante; oh, qué tonto; oh, qué demodé!

ARM. (Le va arreglando el traje.) Es usted el prototipo de la belleza. Cuerpos así honran al artista.

CLARA Gracias, Mr. Armand. ¿Me va bien el vestido? (Aparte á Flora.) ¿Le interrogó usted?

FLORA Sí.

CLARA ¿Y la conoce?

FLORA ¡Ya lo creo creo! Como que es su costilla.

CLARA ¿Eh?

FLORA ¡Su mujer!

CLARA (Admirada.) ¡Su mujer!

FLORA Sí, hija; ¿no ves resplandecer en sus sienes la aureola del martirio?

ARM. (Con entusiasmo mientras compone el traje.) ¡Oh, tre bien, tre bien!

FLORA ¡Oh sublime, sublime!

ARM. Esa satisfacción me enorgullece, señoras, y es el mejor premio que puedo alcanzar por mis desvelos artísticos. Comprendo y sé que dependen de mis tijeras la felicidad de las familias; de mis tijeras, la ventura de los matrimonios; de mis tijeras, el casamiento de las jóvenes solteras; de mis tijeras la juventud perpetua de las damas...

FLORA ¿Por dónde habrá unas tijeras para cortarle á este monsiu la lengua?

ARM. Por eso al cortar una prenda ó al señalar un descote trazo con mano firmísima los límites á que debe llegar el desnudo para que resulte la debida armonía entre la naturaleza y el arte. Adiós, señoras: hoy es un día doblemente feliz para mi vida de artista y de esposo: he tenido el placer de ver una obra mía en un cuerpo regio, y voy á experimentar el goce de llevar á mi señora este retrato, que ha perdido y que es regalo de su primer esposo. Adiós, mesdames; ya me permitiré volver apenas reciba nuevos modelos de París. Entre tanto quedo rendido á sus pies. (Vase por el foro derecha, dejando olvidado el album de figurines.)

FLORA ¡Adiós, monsiú!

ESCENA VII

CLARA y FLORA

CLARA Pero, ¿qué ha pasado? Cuénteme usted.

FLORA Pues ya lo estás viendo: que tu modisto es la víctima propiciatoria.

CLARA ¿Y qué hago? ¡Tía, por Dios, aconséjeme usted, porque voy á volverme loca!

FLORA Hija, en estas crisis de los matrimonios el consejo es dificilísimo.

CLARA Pues yo veo la solución muy fácil. Me divorcio y en paz.

FLORA ¿El divorcio? Eso quisieran ellos. Todo, todo menos el divorcio. Al contrario. Ahora es cuando tienes que atarlo más corto.

CLARA ¡Qué feliz era yo! ¡Y qué amarga es esta primera píldora!

FLORA Pues ya te acostumbrarás á tomarlas. ¡He tragado yo tantas desde que me casé!

CLARA Nunca podré acostumbrarme.

FLORA Hija mía, esto de los desengaños en el matrimonio es como el aceite de hígado de ba-

calao: al principio, repugna; después, ni fú ni fá, y luego engorda.

CLARA ¡Qué perfidia! ¿Y qué será lo que encuentra en esa pícara que no tenga yo?...

FLORA La desvergüenza. ¿Te parece poco? Para los hombres esas son las trufas de los amores ilícitos.

CLARA ¡Qué desgraciada soy! (Llora.)

FLORA Vamos, mujer, no llores. Después de todo, tu marido tiene á su favor una circunstancia atenuante.

CLARA ¿Cuál?

FLORA Que te ha sido fiel por espacio de dos meses. Además de la luna de miel, te ha dado otra de propina. La de mi matrimonio no fué de miel, fué de camorra.

CLARA No sé cómo voy á poder vivir con Adolfo, después de conocer su perfidia..

FLORA Pues es muy sencillo: haciendo la vista gorda y tomando mucha tila y horchata de chufas.

ESCENA VIII

DICHAS, el PORTERO, LUISA

PORT. (Desde la puerta del foro derecha. Luisa sale por el mismo sitio para poner el abrigo á Clara.) La berlina espera á los señores.

CLARA Para comidas estamos; que desenganchen.

FLORA (A Luisa.) Espérese usted. (A Clara.) Lo que debes hacer es ir á casa de la Marquesa como si tal cosa hubiera pasado. Finge, mujer, finge por ahora, y así sabremos la verdad. Después de todo, quién sabe si tu marido será inocente.

CLARA Dice usted bien. El corazón me está diciendo á gritos que lo es.

FLORA (Aparte.) Vamos, esta infeliz es de las que comulgan con ruedas de molino. (A Clara.) Anda, avísale á tu marido.

CLARA (Asomándose á la primera izquierda. ¿No vienes, Adolfo?

ADOL. (Dentro.) Vete con tu tía, que después iré yo. Estoy concluyendo unas cartas.

FLORA (Aparte.) Mentira.

CLARA Bueno, que no tardes. Adiós. (Vanse Flora, Clara y Luisa por el foro derecha.)

ESCENA IX

ANTONIO

(Sale por el foro izquierda con una bandeja en la mano, donde trae el té para su amo.) La Luisa está decidida á venirse de juerga; ya se han ido las señoras. En cuanto el amo tome el té se irá también, y yo detrás á correrla con mi novia, que es más rica y más dulce que er tocino del sielo. (A Adolfo, que sale á su tiempo por la primera izquierda.) El señor está servido.

ESCENA X

ANTONIO y ADOLFO

ADOL. (Saliendo.) Está bien. Deja el servicio sobre la mesa y vete.

ANT. Vaya si me iré, y no me verá nadie el pelo hasta la madrugada. (Vase.)

ESCENA XI

ADOLFO

(Bebiendo el té que habrá dejado Antonio sobre la mesita pequeña que hay en el centro y haciendo gestos de desagrado.) ¡Es particular! ¡Qué mal gusto tiene hoy este té! ¡Cuidado que es desgracia la mía: nunca me hallo bien, y todo el mundo se empeña en decir que vendo salud. No, y esta noche estoy peor que otras veces... ¡Pero qué endiablado gusto tiene este té!

ESCENA XII

DICHO y ANTONIO por el foro derecha, con el papel de los polvos del bicarbonato, que será encarnado

ANT. (Saliendo azorado.) ¡Señorito! ¡Señorito!

ADOL. ¿Qué traes? ¿Qué pasa?

ANT. ¡Ay, señorito, una cosa muy grande!

ADOL. Pero, habla. ¿Qué sucede?

ANT. (Adelantándose, mira la taza y exclama con desaliento:) ¡Dios mío, se lo tragó!

ADOL. (Alarmado.) ¡Pero acabarás de explicarte! ¿Qué sucede? ¡Habla!

ANT. Una desgracia muy grande. Que el señorito se ha bebido un veneno en vez del bicarbonato. La señora me dió este papel con unos polvos, y no debe ser bicarbonato, sino veneno.

ADOL. ¿Y ahora me lo dices?

ANT. Cuando lo he visto, señorito.

ADOL. (Con ansiedad.) ¿Cómo? ¿Qué? La señora...

ANT. Sí, ella misma me envió este papel con Luisa...

ADOL. ¿Ella? Que ella te dió... (Le arrebata el papel y lo lee.) Sí, sí, no hay duda. Corre, corre por un médico. Trae á cualquiera, al primero que encuentres. ¡Jesús! ¡Y con polvos insecticidas! ¡Ay! ¡Me siento muy malo! (A Antonio, que le contempla con consternación, parado en medio de la sala.) Pero, ¿qué haces ahí, imbécil? ¿No oyes que me muero?

ANT. Voy volando, señor. ¡Jesús, qué desgracia tan espantosa! (Vase por el foro derecha.)

ESCENA XIII

ADOLFO

¡Pero, Dios mío, es posible que mi propia mujer?... Pero, no, no... Clara es buena, sencilla, cariñosa... Sin embargo, se exaltó tan-

to con esa maldita miniatura, que tal vez en un arrebato de celos... (Haciendo una contracción de dolor.) Y los dolores que empiezo á sentir son crueles. ¡Qué opresión siento aquí en el pecho, qué golpeteos en las sienes, qué sequedad en la boca y qué escalofríos tan horribles me acometen!... ¿Iré á morirme antes de que llegue el médico? (Llama.) Sí, sí; empiezo á notar una pesadez en todo el cuerpo... (Vuelve á tocar el timbre.) Pero, ¿no hay nadie en casa? (Vuelve á llamar con más fuerza. Se levanta, da algunos paseos y se mira al espejo de la chimenea.) ¡Jesús! ¡Cómo me he desfigurado en poco tiempo! (Se arroja desconsolado en el sofá.)

ESCENA XIV

DICHO y MR. ARMAND, que sale por el foro derecha

ARM. (Desde la puerta.) ¿Se puede?

ADOL. (Con ansiedad.) ¡Adelante!

ARM. Vénía...

ADOL. En la mejor ocasión, Mr. Armand. Estoy muy malo, gravísimo.

ARM (Sorprendido.) ¡Oh, mon Dieu! ¿Qué pasa?

ADOL. ¡Que me han envenenado!

ARM. (Estupefacto.) ¡Qué atrocidad!... ¿Con veneno quizás?

ADOL. No sé con lo que ha sido; ¡pero siento que voy á morirme!

ARM. (Asustado.) ¡Ah, no, por Dios! Aguarde el señor á que yo me vaya.

ADOL. ¿No me nota usted gravísimo?

ARM. Sí; le veo nervioso... alterado.

ESCENA XV

DICHOS, ANTONIO, DON JAIME, que salen por el foro derecha

ANT. (Desde la puerta derecha.) Pase usted, doctor. Aquí está el médico, señorito.

ADOL. ¿El médico? ¡Adelante, adelante!

JAIME ¡Caballero!

ADOL. Bien venido, doctor.

JAIME Ave, infermus: ¡medicum te salutat!

ADOL. Reconózcame en seguida. Estoy envenenado y necesito cuanto antes los auxilios de la ciencia.

JAIME (Con fatuidad.) ¡Ah! ¡Pues yo se los prestaré gustosísimo! Precisamente mi especialidad son las intoxicaciones. En Venecia descubrí el secreto de los Borgias; en Africa las virtudes tóxicas de mil plantas de Abisinia, el Sudan y la Nigricia, que son usadas por aquellos indígenas para sus maquinaciones públicas y privadas; en la India me fueron revelados los misterios de aquella fáuna mortífera, gracias á la amistad de un fetiche; y, por último, aquí en Madrid pertenecí al Laboratorio Municipal como confeccionador de píldoras para la extinción de los perros callejeros.

ADOL. Bien, bien; si usted quiere, puede empezar el reconocimiento.

JAIME Con inmenso placer. El señor, (Por Armand.) ¿es deudo suyo?

ARM. No, señor; yo soy profesor francés.

JAIME ¿Profesor francés? (Aparte.) (Algún charlatán de plazuela.) (Alto.) A ver, á ver el pulso. (Lo toma y hace una mueca.) ¡Malus, malus, malus! Gran excitación febril, pupila desencajada y brillante, piel árida y seca, labios amoratados. ¿A ver la lengua? ¡Uff! ¡Malus, malus, malus, malus!

ADOL. ¿Quieren ustedes acabar?

JAIME Voy á recetar en seguida. (Se sienta á extender la receta.)

ADOL. Siento así como un sudor frío... ¡unas angustias!...

ARM. ¡Oh! ¡Qué espectáculo tan horroroso!

JAIME Tal vez habremos llegado á tiempo. ¿Y de qué substancia cree usted que se ha valido el envenenador para realizar su crimen?

ARM. Mi especialidad es el corte.

JAIME ¡Y dale con el corte! ¿Pero usted es quizás carnicero?

ARM. No, señor. Soy cortador francés.

JAIME (Incomodado.) Pues es lo mismo. (Se levanta dejando sobre la mesa la receta.)

ADOL. ¿Cree usted que me salvaré?

JAIME Repito que soy especialista en intoxicaciones. En Venecia...

ADOL. Pero, ¡por Dios, doctor! Que empeoro.

JAIME Por lo pronto le conviene á usted un reposo absoluto. Cualquier movimiento puede precipitar la perforación de las paredes del estómago, y entonces *requiescat in pace.*

ARM. Amén.

ADOL. (Indignado.) Pero, ¿me están ustedes entonando el *De profundis?*

ESCENA XVI

DICHOS y FLORA, por el foro derecha

FLORA (Saliendo precipitadamente.) ¿Qué es lo que pasa aquí, Dios mío? ¿Qué envenenamiento es ese de que me ha hablado el portero? ¿Quién es la víctima?

ADOL. Yo, señora, ¡y me muero!

FLORA ¡Jesús, qué horror! Pero, ¿quién puede haber sido capaz? (Reparando en Armand.) ¡Usted, monstruo! ¡Usted es el asesino!

ARM. (Con espanto.) ¡Yo! ¡Mon Dieu! ¿Qué dice esta señora?

ADOL. ¿Cómo?

FLORA ¡Sí; infeliz! (A Adolfo.) Este hombre es el marido de la griega del retrato, y al saber tus relaciones con ella, se venga matándote.

ADOL. Pero, ¿vais á volverme loco con ese retrato y esas relaciones? Yo estoy muy malo y necesito los auxilios de la ciencia.

FLORA Y esta Lucrecia Borgia con pantalones necesita una pareja de la Guardia civil.

ARM. (Exasperado.) Señora, mi honra ha sido siempre blanca como la nieve.

FLORA Pues ahora está más negra que la tinta. Pero el enfermo se agrava. ¿Usted es el doctor?

JAIME — Sí, señora; en Venecia descubrí el secreto de los Borgias; en Africa las virtudes tóxicas de mil plantas del Sudan, la Nigricia y Abisinia...

FLORA — ¡Jesús, otro demodé! Pero, ¿ha recetado usted, doctor?

JAIME — Ahí sobre el velador está la receta. Vamos á trasladar al enfermo.

FLORA — (Toca el timbre y dice al criado que se presenta.) Ayúdenos usted, Antonio. (A Armand.) Usted se queda aquí para responder de su crimen. (Adolfo entra en su cuarto, ayudandole Flora, don Jaime y Antonio.)

ESCENA XVII

ARMAND

(Preocupado.) El retrato de mi mujer, manchas en mi honra, veneno. Pero, si esto no puede ser. ¿Y quién sabe? Hay gustos que merecen palos. ¡Oh! estoy aquí muy mal. Sin embargo, esperaré por si las señoras quieren hacerse trajes de luto.

ESCENA XVIII

DICHO, FLORA y ANTONIO por la primera izquierda

FLORA — (Al salir dice al criado que sale con ella.) Que traiga el portero al instante lo que dice ese papel que está sobre el velador; y usted avise en seguida á la señora por el teléfono. Corra usted

ANT. — Voy, sí, señora. ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia! (El criado toma la nota que antes había dejado allí Flora y se marcha por el foro derecha.)

ARM. — ¿Querrá usted explicarme, señora?...

FLORA — ¿Y usted quiere decir qué hace en esta casa?

ARM. — He venido por el Album.

FLORA — ¿Pero usted no sabe que Adolfo y la señora del retrato?...

ARM. — ¿Qué?

FLORA ¡Jesús, qué hombre! Hay que decirle las cosas con biberón. ¿No me dijo usted que el original de la miniatura era su esposa?

ARM. Sí.

FLORA ¿Y no le dije á usted que me había encontrado el retrato en la calle?

ARM. Sí.

FLORA Pues no es cierto.

ARM. Entonces, ¿por qué estaba la miniatura en poder de usted?

FLORA Por una casualidad, y gracias á ella se han descubierto esos amores ilícitos.

ARM. ¿Qué amores?

FLORA (*Sofocada.*) Los amores de su mujer de usted con Adolfo. ¿Se ha enterado usted ya, monsiur?

ARM. Pero, eso es imposible. ¿Usted conoce á mi señora?

FLORA Personalmente, no.

ARM. Pues cuando la vea de cuerpo presente me dará la razón.

FLORA ¿Cómo de cuerpo presente?

ARM. A ésta quiero decir. Mi señora no está ya para galanteos.

FLORA Pero esa joven...

ARM. Es mi esposa; pero ese retrato se lo hizo cuando la regencia de Espartero.

FLORA ¡Ay, monsieur! ¡Qué peso me quita usted de encima! Y Clara que me envió aquí para saber el motivo de la tardanza de Adolfo.

ARM. ¡Ah! ¿Ella la envió á usted? ¡Oh, las mujeres, las mujeres!

FLORA ¿Qué quiere usted decir?

ARM. Nada. Lo que hago es suponer que la señora no es ajena al envenenamiento de su marido.

FLORA ¡Pero eso sería espantoso!

ARM. Sí; y por eso la envió á usted aquí.

FLORA ¡Qué horror! Y, sin embargo, ahora que recuerdo, los polvos aquellos... Sí, sí. No era bicarbonato. Trastornada por los celos ha cometido un crimen horrible...

ESCENA XIX

DICHOS y DON JAIME por la primera izquierda

JAIME — En la taza de té está la prueba fehaciente, irrecusable, de este crimen. ¡Oh! Y se conoce que el envenenador ha hecho un estudio profundísimo de las substancias tóxicas. Yo también en Venecia descubrí el secreto de los Borgias y en Africa las virtudes tóxicas de mil plantas del Sudan, la Nigricia y Abisinia. Esta causa va á ser celebérrima, y haré que en mi gabinete de consultas figuren en un bote de espíritu de vino las vísceras más importantes de la víctima.

FLORA — ¿Pero va usted á conservar eso como si fueran guindas en aguardiente?

ESCENA XX

DICHOS y CLARA que sale precipitadamente con exaltación nerviosa por el foro derecha

CLARA — ¡Mi esposo! ¿Dónde está mi esposo?

FLORA — (Interponiéndose con ademan trágico entre Clara y la puerta de la alcoba de Adolfo.) ¡Atrás, desgraciada! ¡Respeta siquiera la agonía de tu víctima!

JAIME — ¡Ah! La reo. ¿Por qué cometió usted este crimen?

ARM. — Debió usted esperar á que yo hubiese cobrado mi factura.

CLARA — (Indignada.) ¡Yo! Pero, ¡Dios mío! ¿Pretenden ustedes que me vuelva loca? ¿Dónde está mi esposo?

JAIME — ¡No puede usted pasar!

FLORA — ¡Tu presencia lo mataría!

CLARA — ¡Dios mío! ¡Yo desfallezco! (Se desmaya.)

ARM. — ¡Oh! ¡Comedia, pura comedia!

FLORA — ¡Clara! (Acude á sostenerla, ayudada de Armand y Jaime.) ¡Jesús, parece esto un sueño!

ESCENA XXI

DICHOS y el PORTERO, que sale por el foro derecha con un cesto grande lleno de comestibles y el papel que se llevó Antonio

PORT. Aquí está esto.

JAIME (Sin volver la cabeza.) ¡Ah! Sí, la medicina. Que le den ahora la mitad al enfermo y la otra mitad dentro de quince minutos.

FLORA Yo iré. (Se adelanta hacia el Portero, y al ver el cesto, exclama:) ¿Pero qué trae usted aquí?

PORT. Lo que decía el papel.

FLORA ¡Qué barbaridad! Pero doctor, ¿qué es lo que le ha recetado usted al enfermo?

JAIME Un vomitivo.

FLORA ¿Y pretende usted que se meta eso en el cuerpo?

JAIME (Mirando al cesto.) ¿En qué farmacia le han despachado á usted la receta?

PORT. Yo no llevaba receta. El papel que me dió Antonio (Enseñándolo.) es este.

JAIME ¡Pero, señor, si la receta está aquí! (La coge del velador.)

FLORA ¡Jesús! ¡La cuenta de mi marido! (Leyendo.) Garbanzos... aceite... Pues por poco convierten al enfermo en lonja de ultramarinos.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y ADOLFO que aparece vacilante en la primera izquierda

CLARA (Con desesperación echándose en sus brazos.) ¡Adolfo! ¡Adolfo mío! ¡Yo no quiero que mueras!

FLORA ¿Y entonces para qué lo has envenenado? ¿Para inmortalizarlo?

CLARA ¿Pero qué veneno es ese de que hablan ustedes?

ADOL. Este, Clara, este. (Enseñando el papel de los polvos que estará sobre el velador.)

CLARA — Si en este papel no había tal veneno. Es un prospecto que me dieron en la calle y envolví en él bicarbonato. ¿Y es ese el veneno?

JAIME — ¿Pero hay otros más, señora? Pues le advierto que con el que contenía esa taza sobraba para matar á un buey.

ARM. — ¡Oh, mon Dieu, qué poco feliz es este hombre en sus comparaciones!

FLORA — Entonces, ¿qué es lo que tiene el enfermo, doctor?

JAIME — Aprensión; puro miedo. Lo estoy diciendo desde que vine, ¡pero como ustedes se empeñan en afirmar que está envenenado!

ARM — ¡Ya decía yo que era imposible!...

ADOL. — (Levantándose vivamente del sofa.) Entonces mi envenenamiento?...

ARM. — Si no hay tal veneno. Este señor mata perros...

FLORA — Sí, ve por todas partes estrigninas y potingues mortíferos.

JAIME — Haga usted estudios en Venecia, en Africa y en la China para que una señora indocta y este cortador me llamen exterminador de perros.

ADOL. — Clara; perdóname; en el delirio de mi supuesta fiebre, hasta llegué á dudar de tí.

CLARA — Sí; te perdono tus dudas, pero sigo con las mías respecto á la miniatura esa.

FLORA — Pues deséchalas también. El famoso retrato griego se lo hizo hace ya muchos años y ella debe estar hoy como los orejones.

ARM. — No tantò *oregones*, señora; no tanto *oregones.*

ADOL. — De todo tienen la culpa mis malditas aprensiones. Dije que el día menos pensado iba á daros un susto, y he sido yo el que me lo he llevado.

FLORA — Y de los gordos; pero, en fin, que te sirva de penitencia por tus culpas, pecados y extravíos.

JAIME — Por lo que veo, mis servicios no son ya necesarios en esta casa.

FLORA — Ni en ninguna parte. Puede usted marcharse á la India.

ARM. Sí, á matar perros.

CLARA (Al público.)

Aquí el juguete acabó;
acógelo con bondad
y aplaude... ¡lo pido yo
con mucha necesidad!

TELON

A LOS ARTISTAS DE LARA

Supieron ustedes encarnar con tanto acierto los personajes de *Bicarbonato de sosa,* que considero de toda justicia el devolverles, juntos con los míos propios, los aplausos tributados á este juguete por el culto público del teatro Lara.

El Autor

OBRAS DE DIEGO JIMÉNEZ-PRIETO

¡Barbiana!—Parodia en un acto y dos cuadros, original y en verso. Sevilla, teatro de San Fernando, Octubre, 94. (Segunda edición.)

Loreto.—Monólogo cómico-lírico, original y en verso. Madrid, teatro Romea, Marzo, 95. (Tercera edición.)

Las piezas de convicción.—Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Madrid, teatro Martín, Octubre, 95.

La niña de los cisnes.—Opereta en tres actos, arreglada. Barcelona, teatro Gran vía, Mayo, 96.

Los coraceros—Zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, original, en prosa y verso, Madrid, teatro-circo de Colón, Julio, 96.

La nieta de Don Quijote (1).—Juguete cómico-lírico en un acto, original y en verso. Madrid, teatro Martín, Diciembre, 96.

Los toros sueltos (2).—Zarzuela cómica en un acto, original y en prosa. Madrid, teatro Eslava, Febrero, 97.

La torre de Babel.—Zarzuela cómica, en un acto y en verso. Madrid, teatro Romea, Octubre, 97.

El segundo aviso.—Zarzuela cómica en un acto, original, en prosa y verso. Madrid, teatro Romea, Noviembre, 97.

Tute de novios.—Monólogo cómico, original y en verso. Madrid, teatro Lara, Febrero, 98.

El pillo de playa (1).—Zarzuela en un acto, original y en verso. Madrid, teatro Romea, Noviembre, 98.

Bicarbonato de sosa (3).—Juguete cómico en un acto, original y en prosa. Madrid, teatro Lara, Diciembre, 98.

Blanco y Negro.—Artículos varios. (Madrid, 1890. Librería de Fernando Fé.)

Pot-pourri.—Versos. (Sevilla, 1890.)

Muestras sin valor.—Narraciones cortas. (Sevilla, 1892. Francisco Leal y Comp.ª, editores.)

Sal sosa.—Poesías festivas. (Sevilla, 1892. Francisco Leal y Compañía, editores.)

---

(1) En colaboración con Eduardo Montesinos.
(2) Idem con Gabriel Merino.
(3) Idem con Antonio Jiménez Guerra.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.